

Latinoamérica: Así no

Edmundo O'Gorman ()

2015 - Nexos - www.nexos.com.mx

Tengo por señalada distinción el haber sido incluido entre los participantes de este Coloquio, pero quiero aclarar que son muchos los otros historiadores mexicanos más idóneos para el caso y que por eso -no ciertamente por modestia-, me resistí a aceptar tan honrosa invitación a la que hube de ceder ante la amable insistencia con que se tuvo a bien estrecharme.

Reconozco sentirme en inferioridad respecto a los distinguidos catedráticos que me han precedido en el uso de la palabra, al advertir la erudición y amplios conocimientos en historia latinoamericana con que se han desempeñado. Ni siquiera tuve tiempo para preparar el texto escrito que se nos pidió y no debo ocultar que en un examen no sabría enumerar todas las naciones latinoamericanas hoy existentes, y para salir del aprieto me apoyo en unas precipitadas notas en torno a mis meditaciones acerca del que me parece ser el problema histórico fundamental del ser de América en sus dos grandes modalidades y más particularmente acerca de lo que he llamado el "trauma" de la historia de México.

|

El asunto al que dedicare primero la atención remite al título mismo de este Coloquio en una de las dos cláusulas de su enunciado, la relativa a la Identidad de Latinoamérica.

Sea, pues, mi punto de partida la observación de un hecho tan patente como inadvertido en sus implicaciones y consecuencias. Aludo al indiscriminado abuso con que de buen tiempo a esta parte se viene empleando aquel concepto, ese terminito de "identidad". Está de moda y lo está ad nauseam no hay locutor de la radio y de la televisión que no lo traiga a flor de labio; no hay periódico ni revista en que falten sesudas lucubraciones sobre la identidad de los pueblos iberoamericanos; no hay discurso político o artículo de alto nivel histórico-científico-sociológico antropológico-económico de tema latinoamericano que no haga de aquella cuestión el vórtice de su mensaje o el centro de proféticas admoniciones. Identidad, identidad, identidad ... y vocablo de tan venerable linaje filosófico se ha convertido en un degradado tropo más desgastado que un billete de mil pesos.

Este texto reconstruye la intervención oral de Edmundo O’Gorman en la Mesa “Raíces históricas” del coloquio Latinoamérica hoy: identidad e integración organizado por la Secretaria de Relaciones Exteriores en San Ildefonso, el 23 de noviembre de 1987. Otros participantes: Germán Carrera Damas (Venezuela), Jose Matos Mar (Perú), Washington Reyes Abadie (Uruguay), Gregorio Weimberg (Argentina). Leopoldo Zea, coordinador.

Somos víctimas de una verdadera e insensata obsesión y así, de tan manoseada identidad se nos dice, ¡imagínense el disparate!, que es urgente defenderla, que se nos la quiere hurtar, pero sobre todo se nos dice, como si se tratara de un tesoro escondido, “que la gran tarea de politólogos, historiadores e intelectuales latinoamericanos de todos los plumajes consiste en entregarnos a la búsqueda de nuestra identidad”. Y así se da el caso de que hasta el secretario de un municipio encaramado en una sierra anda al hallazgo de la identidad de “nuestra” América, porque, eso sí, nunca falta el bendito pronombre posesivo que inviste a quien lo usa de un inequívoco tinte de acendrado patriotismo latinoamericanista. Pero lo grave en esa grito y algaraza es que no sólo hay broma; hay el gato encerrado de un muy serio problema que perentorio, reclama ahora nuestra atención.

II

Puesto que, como es obvio, la tal búsqueda de nuestra identidad quiere simple y llanamente decir búsqueda de lo que somos los latinoamericanos, no es menos OBVIO que esa inquietud no sólo supone una preocupación a ese respecto, sino que implica -y esto es lo decisivo- la Duda acerca de lo que somos. Pero si eso es así lo importante es caer en la cuenta de lo que semejante duda a su vez implica.

Dibujos de José Hernández

Pues bien, va de suyo que quien duda de su identidad; quien se pregunta ¿que o quien soy? necesariamente supone que ya tiene una idea acerca de lo que es, por la sencilla razón de que de no tenerla ni siquiera podría formularse la pregunta; no podría preguntarse ¿qué soy? supuesto que en ese “soy” va implícita aquella idea. En Suma, quien pregunta por su identidad sabe lo que es, pero por algún motivo no le satisface lo que ya es; no se conforma con ser lo que es, y de tan intolerable incomodidad ontológica surge el anhelo de identificarse y por consiguiente, la inquietud de buscar otro modo de ser que, claro está, no pueda menos de satisfacerle cabalmente y respecto del cual no quepa la posibilidad de ninguna duda, es decir, un modo de ser esencial. Lo que hay, pues, detrás de esa afanosa búsqueda a la que me he referido es la búsqueda de una esencia, concretamente de la esencia latinoamericana, el cimiento pétreo e inexpugnable a toda contingencia en el modo de ser que se quiere ser. Más como las esencias sólo existen como conceptos de algo que por definición se da en una esfera más allá del mutante y proceloso discurso histórico, nuestros afanosos buscadores del escondido tesoro de nuestra identidad nunca

lo hallaran. Y aquí del subterfugio; aquí de la trampa; aquí del gato encerrado en el autoengaño de tener una idea de lo que es pero creer que de veras se es otra cosa. El engaño, claro está, que se oculta en ese “de veras”, porque de veras lo que se es es lo que de veras se es.

Se trata de un subterfugio con el que frecuentemente tropezamos y en el que frecuentemente caemos, el mismo, pongamos por caso, del alcohólico que, sabedor de lo que es, no pierde ocasión de asegurar y asegurarse que en realidad y “de veras” no lo es.

Pero será mucho más ilustrativo traer a cuento el ejemplo que viene como anillo al dedo a mi propósito, el del Ariel de Jose Enrique Rodó, el más espectacular de los buscadores de la “verdadera” identidad de los pueblos latinoamericanos. En tan aplaudida obra, recuérdese, se nos asegura que, cegados nuestros padres fundadores con la prosperidad material de los Estados Unidos, se les ocultó el “verdadero” ser histórico de aquellos pueblos por el desviado empeño de asimilarlos a esa nación; amargo error que impidió percibir la realidad esencial latinoamericana. Era necesario despertar de tan perniciosa padilla, y, Rodó, con el entusiasmo de quien ha descubierto un inmenso tesoro, se aprestó a mostrar que las dos Américas no sólo no eran equiparables sino en un profundo sentido diametralmente opuestas. Echando mano de la mítica pareja inmortalizada por Shakespeare, Calibán el tosco y bruto patán pragmático entregado a los intereses materiales, y Ariel, el espíritu aéreo, Rodó simbolizó en ellos el “verdadero” ser de los Estados Unidos y Latinoamérica, respectivamente, y anunció jubiloso la buena nueva, el llamado Evangelio de la Esperanza de los pueblos americanos de cepa ibérica. ¡Bonito, sin duda! pero lo malo fue que al mismo Rodó no le eludió que Ariel sólo de aire se alimenta y no pudo menos de caer en el iluso optimismo de que Calibán, el pragmático y bruto Calibán se pondría al servicio del Ariel latinoamericano. ¡Sí, cómo no!

Ya se ve a qué extremos puede llevar ese andar buscando la “verdadera” y esencial identidad de Latinoamérica: conduce a la invención de una reconfortante y seductora mitología que impide ver la realidad, porque, perogrullada o no, Latinoamérica no tiene -no puede tener- otra identidad que la que tiene: su identidad tal como se da y va dando en el devenir de su historia. Buscar otra es soslayar la realidad histórica, soslayarla de la única manera posible, es decir, saliéndose de ella, que no otra cosa nos propuso don Jose Enrique Rodó en su iluso y mítico relato.

III

Pero eso no es todo, todavía hace falta reparar en que la búsqueda de una esencia latinoamericana no sólo conlleva la negación tácita y el repudio de la identidad histórica de esos pueblos, sino que, como es obvio, supone su unidad entitativa y no hace falta demasiada perspicacia para advertir la contradicción entre ambas implicaciones.

Como es bien sabido, dicha unidad se pretende fundar en un pasado común; pero un pasado común se le puede postular a la humanidad entera y la cuestión se reduce a inquirir en qué consiste lo peculiar común que se supone comunica a Latinoamérica su unidad histórica entitativa. A ese respecto se aduce la comunidad de idioma, de tradiciones, de idiosincracia o para decirlo en una palabra, se aduce la procedencia común de un mismo tronco cultural. Eso es innegable como lo es que esa circunstancia constituye un lazo de unidad en el pasado. Pero la cuestión es, entonces, si el mismo fundamento puede predicarse, sin paralogismo, de la supuesta unión entitativa de las actuales e independientes naciones iberoamericanas.

La lección de la historia del origen y surgimiento de esas naciones enseña lo contrario; enseña que esas naciones son la resultante de una diáspora en el seno del imperio al que pertenecieron sus territorios, un rompimiento, pues, de la unidad instaurada e impuesta por las metrópolis colonizadoras sin que lo impidiera -nota bene- antes lo propiciara precisamente ese pasado común que ahora se invoca como fundamento de una ficticia unidad latinoamericana. Muy distinta es la lección de lo acontecido a las colonias que, pese a la heterogeneidad de origen, idiomas, costumbres y tradiciones, integraron la unión de los Estados Unidos de Norteamérica a radical diferencia de los que, para subrayar el contraste, se les ha impuesto la etiqueta de Estados Desunidos de Latinoamérica. Y la razón de ser de tan notable disparidad de destino estriba en que el lazo de aquella unión se cifró, no en un pasado común sino en un porvenir en común, concretamente, el de realizar en plenitud y en nuevas y propicias circunstancias el programa de la modernidad.

Al viejo imperio iberoamericano se le fue el tren de la modernidad como vástago que fue de la contrarreforma. La desunión actual de Latinoamérica no es, pues, resultante de la toma de una decisión gratuita o arbitraria; sino es del conflicto entre tradición y modernidad en el que se encontraron las colonias al advenimiento de su independencia, y precisamente por eso resulta tan equivocado aducir hoy como lazo de unión ese tan decantado "pasado común" cuya impotencia en ese sentido es hoy tan trágicamente manifiesta. Y de aquí de la contradicción o paradoja a la que aludí al inicio de estas finales reflexiones.

En efecto, vimos, recuérdese, que la búsqueda de aquella esquiva, ilusoria y esencial identidad la motivo la insatisfacción con el que se fraguó aquel "pasado común", y ahora vemos que, precisamente, ese pasado es lo que se aduce como fundamento de unidad e identidad, y así descubrimos que el único lazo que subsiste en ese "común pasado" es la común insatisfacción que inspira el modo de ser que les imprimió a las colonias latinoamericanas. Renegar de él o concederle la vigencia que se pretende, equivale a resucitar el viejo conflicto de liberales y conservadores. La única manera de asumirlo es superándolo, es decir, proponiendo para Latinoamérica, dentro de las actuales circunstancias, un programa de vida digno para el futuro, y no otra fue la luz que inspiró en su tiempo el mensaje de Bolívar.

Relacionado

Estados Unidos. Perspectiva Latinoamericana.

Publicación mensual del Centro de Investigación y Docencia Económica. apartado Postal 41-553, z. p. 10. Es quizá parte de la dominación ideológica neocolonial, o de la escasez de recursos, o
1 abril, 1978
En "1978 Abril"

El impacto cubano

Hoy es difícil reconstruir el impacto que la Revolución Cubana generó a comienzos de los años sesenta. En todo el subcontinente y, en menor medida, también en México, pareció entonces que la ruptura histórica
1 enero, 1988
En "1988 Enero"

Ficciones y realidades. Relaciones Unión

Por quinta ocasión en una década se celebró la cumbre birregional Unión Europea-América Latina y el Caribe en Lima, Perú, el pasado mes de mayo. Estas citas bianuales, como buenas cumbres
1 julio, 2008
En "2008 Julio"

1988 Marzo.